

**La Inmaculada Concepción del Museo de Bellas Artes de Sevilla**

Manuel Pablo Rodríguez Rodríguez. Diciembre 2015.



En este mes de diciembre y por celebrarse en él la festividad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María hemos seleccionado una pieza de primer nivel relacionada con este importante Dogma mariano.

De los alfares trianeros conservamos los primeros ejemplos cerámicos con esta representación desde los inicios del siglo XVII, precisamente coincidiendo con el fuerte movimiento inmaculista que vivía la ciudad en aquellos primeros años de la centuria. Es en estos años (1615), cuando la popular Hermandad del Silencio jura defender este misterio mariano, algo que sucede también por ejemplo, por parte de la ciudad de Écija.



Las representaciones de la Inmaculada, ya sea en pintura sobre lienzo o sobre barro cocido, van a ir evolucionando casi a la par, para configurarse desde el último cuarto del siglo XVII en el clásico modelo murillesco de Virgen vestida con túnica blanca y manto celeste, rodeada de dorados resplandores y numerosos angelitos a su alrededor. Se olvidan pues los emblemas de las Letanías marianas y las túnicas color Jacinto. Es en el último cuarto del siglo XVII cuando debemos encuadrar el destacado retablo cerámico al que dedicamos este texto.

La obra proviene del Convento de San José, de monjas Mercedarias Descalzas, ubicado actualmente entre la plaza de las Mercedarias y la calle Levíes de Sevilla. Sin lugar a dudas el retablo debió tener una clara proyección al exterior del edificio, por lo que debió ocupar un destacado lugar en alguna de las fachadas del edificio conventual. Pasó a formar parte de los fondos del Museo de Bellas Artes de la capital hispalense en 1868, producto de las acciones desamortizadoras del Estado. En la actualidad se exhibe permanentemente al público visitante del recinto museístico en una de las galerías del llamado “Patio de los Bojes” del Museo.



El retablo tiene un considerable tamaño pues alcanza los dos metros y cuarenta centímetros de alto por un metro y sesenta centímetros de ancho. Se nos muestra como si de un lienzo se tratara pues presenta una orla que imita la moldura en madera tallada y dorada de un cuadro.

La iconografía del azulejo se centra en una monumental figura de la Virgen que llena el centro de la composición siendo el eje central de la misma. Para la realización de esta figura mariana, el anónimo pintor del retablo tomó como modelo la bella pintura conocida como “Inmaculada de Aranjuez”, obra de 1675 de Murillo, actualmente conservada en el Museo del Prado de Madrid. Tanto la figura de la Virgen, su postura, el movimiento del manto, como la disposición de los ángeles inferiores son tomados del modelo murillesco, pero a partir de ahí el pintor ceramista incluyó variaciones para completar la composición.

El pintor añadió en la mitad superior una serie de pequeños querubines que revolotean entre las nubes que rodean la figura mariana. También se pintan las doce estrellas apocalípticas que Murillo no recoge en su obra sobre lienzo. Ya en la parte baja del azulejo, tanto en una esquina como en otra, rematan la composición dos religiosas arrodilladas, con el hábito de la orden mercedaria y escudo en el pecho, en actitud de venerar a la Virgen, mirándola y con las manos unidas en señal de oración.

Sin duda, estamos ante uno de los mejores ejemplos de la cerámica barroca sevillana, obra de un anónimo ceramista, de cierta categoría artística. Destacan las pinceladas, muy marcadas en ciertos lugares y de manera suelta, el uso de las sombras, etc. Los rostros están bien resueltos sobresaliendo los de los graciosos angelitos y sobre todo el de la Virgen, con la mirada alta en un elegante giro del cuello y un cabello muy bien resuelto mediante menudas y finas pinceladas oscuras.



La obra destaca entre el panorama cerámico del XVII sevillano y es digna de estar visible tal y como se encuentra y en un adecuado nivel de conservación. No en vano fue restaurada en el año 2007 por el taller “Alfeizar. Restauraciones Andaluzas”.